

**E**L Festival veneciano 1962 ha presentado la imagen de un Laurence Olivier extraño para quien en 1947 lo veía representando románticas aventuras. El Olivier 62 es un hombre maduro, excesivamente maduro. El Laurence Olivier, protagonista de «Term of Trial», que hemos podido ver en el Festival de Venecia, es un hombre cansado, agotado; un viejo profesor que tiene que sufrir las asechanzas de una jovencita demasiado impulsiva. Ya no es él quien conquista a las jovencitas. Mister Hamlet ha encanecido y son ellas las que han de asediarlo.

Y, sin embargo, parece que fue ayer cuando Laurence Olivier hacía soñar a las estudiantes de veinte años a las que había descubierto Shakespeare. Era alto, esbelto, acrobático, con un rostro medleval capaz de prodigiosos cambios de expresión. Y, además de la apariencia exterior, de él emanaba un encanto extraño, algo que los otros no tenían ni nunca tuvieron. Era Hamlet, y cuando miraba con sus ojos grises, profundos, tristes nos hacía sentirnos en otro mundo: «Hay más cosas en el cielo y en la tierra, Horacio, de cuantas sueña tu filosofía».

Teníamos veinte años, muchas lecturas en la cabeza y Olivier nos hacía el efecto de una droga, capaz de transportarnos a sueños imposibles. Para rodar «Hamlet» se había teñido los cabellos, era delgado y joven; quizá excesivamente joven, en comparación con la actriz que interpretaba a la reina, su madre. Nos robaba el corazón sin decir una sola palabra de amor: le bastaba besar la trenza rubia de Ofelia... Era también el director de la película y había explotado al máximo toda su capacidad de gestión. Cuando subía hacia la torre, con las delgadas y nerviosas piernas calzadas de negro, la escalera parecía no terminar nunca; cuando saltaba sobre el rey, empuñando la espada envenenada, precipitándose desde lo alto, como si las grandes mangas blancas que salían del consete hubieran sido alas, hacía contener la respiración mucho más que una carga de pieles rojas, más que cualquier «suspense» de Hitchcock...

Naturalmente, no todo era mérito suyo. Una parte había que reconocerle a William Shakespeare. Pero él era el primero que había logrado traducir en espectáculo cinematográfico las tragedias del gran autor inglés. Los críticos más severos opusieron muchas reservas: los teatrales, diciendo que se había simplificado demasiado; los cinematográficos, protestando de que sólo se tratase de teatro fotografiado. Pero el público, en especial el femenino, dio la razón a Olivier. Había sabido crear el tipo de héroe triste y romántico, lleno de oscuras melancolías, que ningún amor de mujer podría consolar. Y cuando aparecieron sus otros films, casi todos anteriores a «Hamlet», que debido a la guerra, por ser de-



Toda la historia está comprendida en estos dos momentos: entre la amplia sonrisa de Vivien Leigh y su mirada de desencanto, entre el gesto afectivo y la aptitud completamente ausente de Laurence Olivier.



En la iglesia de Wilton, acaba de celebrarse un matrimonio: él es Laurence Olivier, de cincuenta y tres años, actor, director de teatro y cine, Sir. Ella, Joan Plowright, de veintiocho años, actriz.

# adiós MR. HAMLET

**EL EX PRINCIPE DE DINAMARCA ES HOY UN SEÑOR MADURO QUE SE PARECE A JEAN GABIN**

masiado jóvenes, no habíamos podido conocer, íbamos a verlos esperando encontrar aquella mirada, aquellos gestos, aquellos cambios de expresión...

¿En qué año fue? «Hamlet», rodado en 1947, venció en el Festival de Venecia del 48 y, al año siguiente, le dieron el Oscar. El film obtuvo cinco de las valiosas estatuillas: al mejor film, a Laurence Olivier por la mejor interpretación masculina, a Carmen Dillon por la dirección artística, y dos estatuillas a Roger Furse por su escenografía y figurines.

1947. Parece ayer y han pasado quince años. Olivier tenía cuarenta y nos gustaba a nosotras que teníamos dieciocho o veinte. Después de «Hamlet» fuimos a ver los otros films suyos: «Orgullo y prejuicio», «Rebeca», «Enrique V», «Lady Hamilton». En este último film, Olivier personificaba al almirante Nelson y perdía un ojo y un brazo; la película había sido rodada en el 40' y a Lady Hamilton la interpretaba Vivien Leigh. Añadía atractivo a la película el saber que rodando precisamente aquellas escenas, los dos protagonistas se habían enamorado.

Vivien Leigh era, en aquel tiempo, muy bella, pero de una belleza nerviosa e inquietante, minada por una enfermedad. Realmente estaba siempre al borde de la crisis nerviosa y se sobreponía sólo gracias a la fuerza de voluntad. Era una Liz Taylor «primera edición», igualmente delicada, igualmente bella; y aún más bella, más fina, más espiritual; tanto, que todavía es bella, como quizá Liz no lo sea a los cincuenta años. Por añadidura estaba dotada de mayor talento, alcanzando auténticos éxitos —con su repertorio clásico— en los siempre difíciles escenarios londinenses. Hija de un agente de cambio que hacia 1910 había sido enviado a Calcuta, Vivien había crecido en la India y tenía algo de exótico en sus ojos almendrados, en el rostro triangular, en sus pasos de gata. Laurence Olivier la bautizó «Pusy», gatita, y la amó desde el primer momento, casi por toda la vida.

Cuando se enamoraron, ambos estaban casados: ella, con el abogado Leigh Holman, el que había dado una hija, Suzanne; él, con la actriz Jill Esmond, de quien había tenido un hijo, Tarquin. Pero no hubo escándalos; sólo dos tranquilos divorcios amistosos, muy ingleses. Decidieron casarse mientras recitaban juntos «Hamlet» en Elsinor, precisamente en el castillo de Hamlet que se alza en la punta extrema de Dinamarca, frente a la costa sueca. Shakespeare les unía para veinte años.

La fama de su amor añadía ternura a su celebridad de artistas. En Inglaterra, donde el culto a Shakespeare es algo que no tiene parecido a lo que ocurre en cualquier otro país, les llamaban «the Shakespearean Lovers». No tenían hijos —se decía que era debido a la frágil salud de ella— pero esto no parecía ensombrecer su felicidad: una felicidad hecha de ambición y de trabajo. Se comprendían en todo, incluso en el enorme orgullo, gracias al cual hacían frente común.

Vino la guerra y con ella el primero de los grandes films dirigidos e interpretados por Laurence Olivier: «Enrique V», rodado en 1943 y concebido como obra de propaganda. Mostrar en la pantalla la gloria de Enrique V que en 1415 derrotó con un puñado de hombres al ejército francés en Agincourt, asumía un significado especialmente patriótico en el momento en que Inglaterra parecía a punto de sucumbir bajo los bombardeos alemanes. Pero la película fue un éxito también en el plano comercial y, sobre todo, en el artístico.

No se había visto nunca antes el color usado con tanta maestría. Una fastuosidad de miniaturas góticas resplandecía en los estupendos trajes del cuatrocientos, en los tejidos de los estandartes, de las cúpulas de las tiendas, en el blanco de la nieve, en el negro aterciopelado de la noche. Ciertas escenas son trozos de antología; la espera del rey, entre los soldados, en la larga noche antes de la batalla, ha sido imitada por muchos (y por



# MENTE UNO DE SUS GRANDES FAVORITOS

Olivier mismo, en «Ricardo III»), pero nunca superada. «Enrique V» le hizo conseguir el primer Oscar en 1945 y, tras algunos años, le dio el título de «sir». A la ceremonia de la investidura, el 8 de julio de 1947, se atrevió a presentarse con el cabello oxigenado, muy rubio, porque estaba ya rodando «Hamlet».

La felicidad de esta pareja real del teatro inglés duró algunos años. Junto a «Enrique V» y «Hamlet» se proyectaban en todo el mundo los films que había interpretado en los años inmediatamente anteriores a los de la guerra; de él, «Orgullo y prejuicio», «Cumbres borrascosas» (en la que tuvo a su lado a Merle Oberon), «Rebeca», «Lady Hamilton». De ella, uno solo, además de «Lady Hamilton», pero uno de los mayores éxitos de toda la historia del cine: «Lo que el viento se llevó».

Las enormes ganancias permitieron a Laurence Olivier intentar diversos experimentos teatrales de alto nivel, algunos afortunados, otros no tanto. Poco a poco, algo iba cambiando. Vivien estaba cansada, enferma, nerviosa. En 1950 interpretó, primero en el teatro y luego en la pantalla, «Un tranvía llamado deseo», de Tennessee Williams; y la repetición obsesionante del papel de Blanche Dubois, la mujer histérica y desilusionada que es el eje del drama, le llevó al borde de la locura.

Curó, pero dos años después, en Ceylán, cuando rodaba una película, cayó nuevamente enferma y debieron llevarla urgentemente a Hollywood. Olivier fue a recogerla y la condujo a Londres, pero en el aeropuerto no quiso descender del avión y, durante dos horas, se lo rogaron en vano. Los enfermeros de la ambulancia que esperaban, para llevarla a la clínica, tuvieron una idea: le ofrecieron un gran ramo de rosas encarnadas; entonces Vivien se maquilló como para salir a escena y murmuró: «Con amabilidad se me puede pedir cualquier cosa», y descendió pálida, espectral, apretando las rosas contra su pecho...

Curó una vez más y, como siempre, a quien lo celebraba, le respondía: «Se lo debo a Larry» (tal era el diminutivo con que llamaba al marido). Junto a ella, Olivier parecía, por contraste, más sano, más vigoroso, más fuerte. A los ojos del mundo, formaban siempre una pareja enamorada y perfecta; pero estaban haciendo sólo un papel, un papel mucho más difícil de mantener que los que daban vida en el escenario.

En 1957 perdieron el niño que Vivien esperaba, su primer hijo. Vivien tenía ya cuarenta y cuatro años y le dijeron que no podría ser madre. Aquel día se sintió irremediablemente vieja: ¡Cuántas arrugas había ya en el rostro de la que fue Scarlett O'Hara...! Junto a ella, también Laurence Olivier tuvo la sensación de que su juventud había terminado.

Desde hacía tiempo, pensaba en proseguir la serie de películas inspiradas en Shakespeare (después de «Enrique V» y «Hamlet» había rodado en 1954 «Ricardo III») con un «Macbeth» distinto de aquel otro, tenebroso y megalómano, realizado hacía años por Orson Welles. Había estudiado ya los lugares donde rodar los exteriores, en las llanuras de Escocia, pero no encontró el productor dispuesto a financiarlo. Parece que la razón principal de las negativas, era involuntariamente, Vivien Leigh. El quería que trabajase a su lado en

el papel de Lady Macbeth; y, sin duda, hubiera sido una gran interpretación: una Lady Macbeth suave, frágil y pérfida. Pero los productores no se fiaban de ella, de sus crisis, de sus enfermedades, de su rostro consumido por la locura, donde las arrugas se perfilaban excesivamente bajo los focos.

Cada vez más, Larry y Pussy se alejaban. En Inglaterra se empezó a murmurar. Pasaban la mayor parte del año separados, absorbidos por los diversos asuntos del trabajo. No eran ya «los amantes shakespeareanos». Cuando llegó el di-

vorcio, en mayo del 60, fue como si cayese el telón sobre un mito, sobre una bella historia que debía durar y que, en cambio, había sido tan breve como todas las bellas historias.

Un año más tarde, Olivier se casaba con Joan Polwright, una actriz que trabajaba con él en la comedia «El pícaro». Laurence llevaba a Joan veinticinco años. Y tuvieron un hijo. Joan no es bella, pero es joven. Tiene nuestra edad, la edad de las estudiantes que después de la guerra nos desviábamos de nuestro camino para pasar por delante del cine de estreno donde ponían «sus» películas y contemplábamos las carteleras cuando no teníamos dinero bastante para la entrada. Junto a Joan, Olivier ha buscado lo que Vivien no pudo darle: la sensación de tener un extenso porvenir de poder hacer aún grandes cosas.

De Vivien no se ha vuelto a oír hablar. Alejada de Londres, después de un flirt efímero con el actor John Merivale, se ha hundido en la sombra. Para ella, difícilmente habrá ilusiones. Ya no podrá envejecer tranquilamente junto a Larry.

Cuando hace un año fue a París a rodar «Term of Trial», Sir Laurence Olivier interpretaba una aventura que reflejaba extrañamente la suya: un hombre atormentado por la edad que es presa de las incitaciones de una muchacha. La esposa del viejo profesor que encarna Olivier es —otro detalle melancólico— Simone Signoret, que fue un día la espléndida y ardiente criatura de «Casque d'Or» (París bajos fondos).

En uno de sus films, «Los ojos que no sonrieron», rodada en 1950 bajo la dirección de William Wyler, Olivier representaba el papel de un hombre que se destruye a causa del amor. De cincuenta y tantos años, rico y respetado, abandona todo para seguir a una muchacha ambiciosa (interpretada por Jennifer Jones), que se sirve de él para hacer carrera en el teatro y luego le abandona. Rechazado por la sociedad puritana de aquella época —el film, basado en una novela de Theodore Dreiser, se desarrolla en América a fines de siglo—, termina su vida en un hotel de mala muerte. Olivier interpretaba su papel con extremada habilidad, con un poquito de ese histrionismo que es una de sus cualidades más discutidas y también más eficaces; y cuando, en las últimas secuencias, aparecía andrajoso, hambriento, con la barba crecida, en toda la patética abyección de un Dorian Gray caído, un largo murmullo femenino agltaba el patio de butacas.

Naturalmente, el gran actor está muy lejos de ser un hombre acabado. Su vida y su carrera conocerán aún muchos años afortunados, y se lo auguramos de corazón. Aunque el rubio y dulce Hamlet haya muerto para siempre...

MARIA PIA ROSIGNOLI

